

CONDECORACION "ANDRES BELLO"

Por VALENTÍN ABECIA BALDIVIESO*

Cuando supe por gentileza de mi noble amigo académico e ilustre educador, Rafael Fernández Heres, que el gobierno de Venezuela me había otorgado la condecoración Andrés Bello, en su Primer Grado, y luego la confirmación del distinguido historiador americanista, Director de la Academia Nacional de Historia, Dr. Guillermo Morón, me quedé pensando qué había hecho yo para merecer este premio.

He escrito, es cierto, sobre Bolívar y Sucre en la fundación de la República de Bolivia, he sido miembro de un jurado calificador el año 83, con motivo del Bicentenario de Bolivia, juntamente con Germán Arciniegas y Leopoldo Zea y, por supuesto, he caminado por los senderos de la integración americana y andina, en mi condición de Ministro de Relaciones Exteriores y hoy como Senador, precisamente como Presidente de la Comisión de Integración del Senado de Bolivia.

Al enumerar estas cosas y destacar mi pequeña contribución a las relaciones de Venezuela-Bolivia, no pretendo justificar el galardón que se me ofrece.

Sólo la proverbial generosidad de esta hospitalaria tierra venezolana, de su ilustrado gobierno y de sus gentes hidalgas, sencillas y amables, explican la distinción.

Durante los tiempos precolombinos nada tuvieron que ver los Inkas con las lejanas tierras del Orinoco; durante los 3 siglos coloniales poco hubo entre la vieja Audiencia Charquense y la Capitanía General Venezolana, pero es indudable que en estos tiempos el mestizaje, los cabildos seculares, los sistemas agrícolas peninsulares, la transmisión de la lengua cervantina y la religión católica, fueron acumulando raíces similares que luego, hacia fines del siglo XVIII, iban a eclosionar por el descontento en toda América y, por supuesto, en Caracas y Charcas.

Vinieron los hechos heroicos, se levantó Pedro Domingo Murillo con su tea de la libertad en 1809 y comenzaron las hazañas de Bolívar, paradigmata y jefe indiscutido de la América del Sur.

* Presidente de la Academia Boliviana de la Historia y Socio Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en Bolivia.

Desde entonces la relación de los dos pueblos crece, se asienta y echa raíces profundas de hermandad y afecto. Bolivia lleva el nombre del Libertador, su capital esculpe en el recuerdo imperecedero el nombre de Sucre y, como en ninguna otra parte, se privilegia la empresa de la libertad como obra bolivariana. A propósito de Sucre, quiero manifestar que he presentado en el Senado de Bolivia la ley que llamará 1995 el Año de conmemoración del bicentenario de su natalicio para rendirle los homenajes que merece.

La independencia trajo tiempos de cambio, las nuevas repúblicas comenzaron a buscar los caminos de asentamiento de sus instituciones, allí estaban los hombres que iban a partear pueblos libres y repúblicas independientes. Los hay muchos: San Martín, Artigas, Santa Cruz, Páez, Bolívar y Sucre y otros entre los militares; Mariano Moreno, Casimiro Olañeta, Pedro Gual, Francisco Espejo, Cristóbal Mendoza, entre los civiles.

Venezuela tiene la honra de haber parido personalidades, como Bolívar y Bello, a quienes rindo mi tributo de admiración.

Andrés Bello, que ha dado nombre a la condecoración que recibo, era una persona de vida interior muy profunda, fue un humanista al que el mezquino tiempo le escatimó espacio para producir más de lo grande que hizo.

Era un hombre modesto, parecía que iba huyendo de las cosas triviales de la sociedad, de los halagos, de las vanidades del momento. Era un hombre de estudio cuya obra nos iba a causar asombro por lo polifacética. Ahí está la gramática castellana, el Derecho Internacional, el Código Civil de Chile, sus poesías, sus críticas donde destaca el historiador sin historias escritas, el legislador y el filósofo. Bello es, pues, el forjador de una cultura, a quien, entre otros, ha rendido con brillantez y calidad, su reconocimiento el actual Presidente de Venezuela, don Rafael Caldera.

Enseñó, legisló, ejerció de periodista, echó semillas en las ideas sobre cultura, ciencia, derecho, gramática. En cierta ocasión nos dijo: “el entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las mil voces del coro de la naturaleza, mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigiliass”.

Bello fue del tiempo de Bolívar y éste no escatimó sus elogios: “yo conozco —dijo— la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío”.

Bolívar y Bello eran distintos y fueron grandes por diversos caminos. El uno tímido, reservado y soledoso, un tanto melancólico, con un “alma silenciosa”. El otro fue enérgico, seductor, libertador de pueblos, entusiasta y torrencial como el Orinoco; apasionado y genial, de frases relampagueantes e inspiradoras, nos dijo que quería hacer frente a la tempestad.

Repito: al recibir esta presea he recordado a dos venezolanos ilustres y grandes entre los grandes.

Agradezco, una vez más, esta manifestación que premia inmerecidamente mi persona.

Caracas, febrero de 1994.